

POR UN TEATRO UNITARIO DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

Empecemos un trabajo que puede ser importante para nuestro teatro y para nuestra sociedad con muy pocas palabras teóricas. En esta perspectiva que se nos presenta a corto plazo y que es la de la democracia burguesa (y no, ay, de la revolución socialista), las gentes más responsables del teatro español tanto en el orden poético como en el orden político han de verse solicitadas por tareas que hasta hoy son consideradas utópicas.

Entendiendo, claro está, la democracia burguesa como una dictadura enmascarada de la burguesía, parece evidente que las tareas que se nos presentan no son, absolutamente, otras. Quienes se recuesten complacidos en la libertad que parece a punto de obtenerse mediante una prolongada lucha, a veces heroica, cuyos beneficiarios inmediatos van a ser los oportunistas de distintos signos, desenmascararán, ipso facto, su conformismo, por más que durante el franquismo hayan podido parecer otra cosa. La tarea que aquí se propone es para quienes tratemos de hacer de esa "libertad" un espacio utilizable, usable, transitable para la revolución socialista.

El proyecto es la construcción de un teatro político cuyo antecedente práctico. teórico más ilustre es el teatro berlinés de Erwin Piscator en los años veinte.

Este teatro fue, en su época, un teatro de Partido: un teatro al servicio del Proletariado a través del Partido Comunista Alemán, y, tratándose como se trataba de un teatro político revolucionario, no podía ser de otro modo en aquel contexto histórico en que el Partido Comunista era el partido de la revolución. (El planteamiento de las tesis libertarias en términos apolíticos eran autoexcluyente si de hacer un teatro político se trataba).

Pero planteada hoy la exigencia de un teatro político revolucionario, las cosas son de muy distinto modo, y vienen siendo de otro modo desde hace ya muchos años: desde que el movimiento trotskista y los movimientos comunistas no estalinianos toman cartas de naturaleza en la lucha revolucionaria. Pero es durante los últimos años cuando el movimiento comunista internacional adquiere una (a veces trágica) complejidad: particularmente a partir de las divergencias chino-soviéticas y de la fundación de los consiguientes movimientos "maoístas" ; por no hablar de la revolución cubana, de la lucha en Vietnam y de la constitución de movimientos de liberación nacional nuevos y del desarrollo político de otros, como el I.R.A., etc.

Ello hace, a mi modo de ver, que la forma actual de lo que sería un teatro político revolucionario ha de presentar los caracteres de un teatro unitario de la revolución socialista, y ello no desde un modo neutro y "liberal" de ver las cosas; es decir, no como la oferta desinteresada de una plataforma para el desfile de las distintas fuerzas socialistas en el campo del teatro, sino como un compromiso revolucionario activo: como un trabajo por la unidad de las fuerzas de la revolución socialista: del comunismo.

El teatro ofrece para ello la ventaja de ser un espacio imaginario: imaginario dialéctico tal como es concebida la imaginación en el texto teórico que próximamente voy a publicar. Quede este debate para otro momento; baste ahora con decir que lo que de imaginario tiene la realidad teatral introduce en este fenómeno una a modo de paradoja: lo que en términos físicos se llama una resistencia, un sistema que posibilita la comunicación pero que lo hace en términos de dificultad, es decir, no obviando los problemas. El término imaginario conduce y separa al mismo tiempo, y lo que tiene de separación puede servir también como almohadillado, de manera que diciéndonos cosas más "fuertes" que en una asamblea "real" no llegaríamos a rompernos la cara: sería imposible. Resistencia: incandescencia. Es un sistema enérgico.

Lo demás sería pensar sobre el T.U.R.S. y poner manos a la compleja obra. En la dirección del T.U.R.S. tendría que haber representantes de todos los partidos obreros. Dejo el tema aquí para una discusión que se producirá en el momento conveniente.